

GRUTA Y PSICODELIA. LIBRO LA ALDEA FELIZ. BIENAL DE ARQUITECTURA, VENECIA 2014

14 de diciembre de 2014 a la(s) 20:10

GRUTAS Y PSICODELIA

Entre los años 1968 y 1974, en la ladera rocosa de Punta Ballena, Las Grutas Club ofreció sus servicios a un puñado de afortunados turistas. Allí se podía gozar de un Martini bajo el sol sentado al borde de una piscina natural o bien danzar por la noche al ritmo de los hits porteños en la pintoresca caverna artificial.

Hoy el sitio ha sido devuelto a su «estado virgen» . Sin embargo, acusa bajo la arena, en la roca viva y en la penumbra de la caverna, vestigios de su pasado hedonista.

Roque Garcia -correntino, presidenre de Punta Ballena SA- instigado por el inicio inminente de la temporada del verano de 1968, apresura el comienzo de las obras del club. Queriendo emular la exitosa formula ensayada veinte años antes en la urbanización de Portezuelo, Don Roque piensa en el arquitecto catalán Antonio Bonet. Ante su negativa recurre nuevamente a un joven emergente, el recientemente egresado Samuel Flores Flores, quien casi sin metraje a su nombre emprende un proyecto que habría de otorgarle renombre internacional.

El club opera como punta de lanza de dos emprendimientos convergentes: el parcelamiento y el trazado vial del lomo virgen de la ballena y desarrollo de una sede de! naciente Club Mediterranéé financiado por la aerolínea norteamericana Braniff. Por su parte, la compañía apuesta a lucrar con un emplazamiento hotelero cuyo proyecto quedará también a cargo de! estudio de Flores. La operación es delicada: un ente privado accede a manipular un patrimonio celosamente custodiado, la línea de costa. Encandilada quizás por la promesa del desarrollo de la península, la municipalidad admite las obras exigiendo a cambio la garantía de mantener el libre acceso y disfrute de la zona. Sin embargo ni el hotel ni la urbanización superarán el esquinio.

El 15 de agosto los proyectistas, invocados por don Roque, visitan el lugar. No se hicieron estudios de mercado ni relevamientos exhaustivos. El 25 de diciembre se inauguraba. Flores y su equipo trabajaron día y noche. No fue difícil para él: era un asiduo visitante del lugar. Un mes y medio después el proyecto estaba listo. En octubre comenzaron los trabajos. El registro del avance de obras fluía desde Maldonado al estudio emplazado en Montevideo, casi a diario. Noventa días después, luego de tres caminos de acceso y un camión compresor perdidos por la sudestada y tras remover mas de 800 m³ de roca con 18000 cartuchos de dinamita, la obra culminó.

La prensa se deshace en elogios. Al parecer estamos ante «un verdadero milagro arquitectónico», quizás «la mas exotica y bella concepción arquitectónica de! Uruguay. Cómo fue posible? Flores contesta con naturalidad: «Yo creo que Las Grutas no se hicieron; eran». La respuesta nos introduce -de la mano de la prédica mística del arquitecto- en una concepción animista para con la naturaleza. En ese esquema, el sitio adquiere facultades parlantes, está sujeto a la interpelación del acto proyectual. Tal dialéctica entre lugar y creador evoca irremediamente la quimera del genius loci

romano, que opera tanto como fuente de inspiración poética como recurso de validación formal. Así es que sus obras posteriores se pueblan de gestos curvilíneos, apelando al paisaje, pero también a lo biomórfico y al mismísimo orden universal.

En ese sentido, lo que extasia a los cronistas es esa manera de lidiar con el paisaje que pareciera tornar -mediante «una habilísima conjunción de técnica e inteligencia - «un paisaje salvaje de apariencia inexplorada» en una otredad en la cual «conviven respetuosamente mano del hombre y la mano de Dios». Esta «increíble metamorfosis además resulta ser sutil, realizada con «impecable respeto » y requiriendo solo «insuflarle un toque de modernismo ». Si en Spiral Jerry de Robert Smithson"" el arte"" sirve al paisaje por adición en Flores el paisaje sirve al arte/arquitectura por sustracción en una escultura a gran escala. Así, topografía y contexto social convergen dando a luz a un verdadero artscape, una manipulación «landarista» por excelencia.

Es quizás el despliegue tecnológico sensible a sistemas naturales dinámicos lo que ratifica una auténtica sublimación del paisaje. La piscina se reciclaba automáticamente a partir de un reservorio natural a una cota más elevada. El oleaje y la fluctuación de las mareas lo abastecían mientras que la piscina filtraba a través de los laterales de roca. No había puerta. Una cortina de aire caliente aislaba térmicamente el recinto. Un sistema de aireación oculto permitía respirar en la profundidad de la gruta. «Hubo que bajarle la presión para no perder el efecto de boite ...» la técnica sigue la ficción. Para evitar posibles cortocircuitos, dos bombas bajo la piscina de acrílico retroiluminada controlaban la napa freática.

En búsqueda del confort y la novedad, -binomio atinado a captar al turista de la era del consumo-, cual alquimista Flores halla oro en tres unidades topográficas vírgenes, por ende inútiles a los ojos de la cultura material. Del cañón rocoso una fantástica alberca, de la ensenada un puerto de yates, y de la gruta una delirante boite. Un campo de juegos para un Homo ludens turístico para el cual la virginidad a secas es insuficiente. Sí, es la adaptación del entorno físico en sentido ergonómico, del sustrato rocoso a superficies más amables con el cuerpo, pero es también un fragmento de paisaje espectacular lo que se abona en su acceso.

En torno a la piscina se despliega una secuencia de unidades programáticas: solariums, bar, restaurant, dique, duchas al aire libre, etc., que hilvanados por un sistema de caminerías y escaleras talladas en la roca, hacen del natatorio un punto neurálgico. Al igual que en sus casas de veraneo Flores echa mano a las técnicas de paralaje y regula -mediante la secuencialidad de los puntos de vista y la fluctuación de los niveles- la experiencia cinestésica del bañista. Clavados, carreras de crol, las piernas emergentes de un paro de manos submarino, los mojados cuerpos de mujer, todos son visibles desde la platea panorámica que rodea la piscina. El turista a través de sus gafas de sol, sentado en el mobiliario de mimbre naif, bajo las sombrillas naranja o en la sombra del ondulante techo de cañas, vigila cual voyeur el espectáculo hedonista.

Pero el agasajo no acaba en el regocijo visual. El paladar se excitaba también con «[...] almuerzos con fondo de roca y de mar, una pantagruélica mesa de fiambres y platos calientes para el que se atreva a profanar este secreto rincón» -publica el diario El

Pais. Es esta situación de goces corpóreos y sus rituales, para con la ingesta, la vista y lo háptico, lo que hace de esta pileta un producto tan apetitoso. Un volumen de agua marina domesticada, libre de oleajes, medusas y corrientes peligrosas. Al final de la playa pública, detrás del muro de roca, se encuentra su análoga, parametrizada según las apetencias del confort consumista.

Durante los años de funcionamiento del club, en la olla al otro lado del filón de roca se improvisaron conciertos y obras teatrales, era un anfiteatro natural. Pero la visión de Flores iba más allá: el arquitecto pretendía vaciar y dragar la arena comprendida en el arco rocoso permitiendo el ingreso del mar, para generar de este modo una microbahía artificial de 6600 m², destinada a albergar embarcaciones de pequeño y mediano porte. «Estoy en Punta, me tomo un barquito, una lancha, me meto en ese refugio, fondeo, tiendo unas amarras, me tomo unas copas y me vuelvo ...», sostiene el arquitecto. Un nuevo emisor de confort alineado con el circuito Punta del Este-Gorriti-Portezuelo. Era parte de una denominada «teoría de los polos» un plan que habría de activar desde el turismo marítimo no solo la bahía de Maldonado sino la totalidad de la línea costera uruguaya. Cada veinte millas náuticas un refugio, las ambiciones de Flores alcanzan escala nacional.

En el interior de la caverna concibe un gradiente espacial, que oscila desde la compresión del acceso al lado del espacio bailable. Una vez dentro, pasamos del guardarropas al bar, cuatro escalones más abajo: el balcón, a -80 cm. Pasando la pilastra que sostiene la catenaria, inauguramos una dilatada escalera helicoidal. Pianos/ lounges se despliegan cual abanico a medida que se desciende hacia su centro, la pista de baile a tres metros bajo tierra.

Gráficos bidimensionales, relevamientos y fotografías (actualizadas por el equipo proyectista en paralelo al avance de la obra), convergían en la escultura de plastilina del arquitecto. El espiral místico de Flores puja contra la resistencia mecánica de la roca metamórfica, contra la muy próxima napa freática y contra todos los pormenores que conlleva una técnica que le era ajena, la minería subterránea. El arquitecto insiste en su modestia e invoca las ánimas del lugar:

¡Es el nautilus! Si tu cortas su caparazón es una helicoides perfecta, es logarítmica, las curvas son parte de esta arquitectura. El nautilus me enseñó que esa forma genera misterio, encierra; era lo que estaba buscando. Al final la roca albergará el soñado crustáceo, aunque algo más chato (-1,30 m).

Dentro funciona el más perfecto mecanismo escenográfico para una historia de ciencia ficción. El año 1968 es también el del estreno de 2001 Space Odyssey y The Planet of the Apes, dos íconos de su género, en los cuales regresión troglodita y distopía espacial confluyen en la definición de un imaginario propio. Cuatro años antes la feria mundial de 1964 en Nueva York se inauguraba bajo el lema «Man's Achievement on a Shrinking Globe in an Expanding Universe». El interés civilizatorio vuelve a frecuentar aquellos parajes inaccesibles de virginidad que a la luz de la exacerbación del avance tecnológico pareciese ahora a la vuelta de la esquina. Desde el marco disciplinario el mito de la última frontera y el manejo del paisaje oscilan entre el despliegue ligero y lúdico

sobre el territorio de Archigram (1966) y la imposición violenta en monumento continuo (Superestudio, 1969).

En una práctica espontánea a escala Flores mancomuna ambas posturas. Horada una gruta preexistente que deviene incrementada en volumen y en complejidad morfológica, pero resulta virtualmente inalterada en su conformación superficial: recurriendo al engaño la caverna seguirá luciendo como tal aunque intensificada. El despliegue de aquel equipamiento futurista y vivazmente colorido no intenta otra cosa que, apelando al contraste, incrementar la verosimilitud de falsa naturalidad.

Dónde hemos visto antes esta peculiar combinación de artificio técnico y de roca viva? En la psicodélica caverna uterina de Verner Panton (Visonia II, 1970), en el interior de plástico moldeado de la Futurehouse de los Smitshon (1954) o en la vivienda autoexcavada Spray Plastic House de David Greene (1961). Las formulaciones que apuestan al futuro más radical recurren paradójicamente al hábitat primario como referente. ¡Un guiño a la interioridad de las novedosas arquitecturas espaciales que también expuestas a un entorno agresivo recurren al confinamiento y la reclusión?

A menudo se ha dicho que la emergencia de las ciencias antropológicas en la década del sesenta provocó un derrame de su interés hacia lo primitivo en la disciplina arquitectónica, y que la prédica de Claude Lévi-Strauss motivó la decadencia del hombre tipo moderno al propiciar un cambio de paradigma centrado en culturas ancestrales. Desde el Habitable de André Bloc (1962) y los Jameos de Agua de César Manrique en Lanzarote (1966), hasta Arcosanti o la utopía subterránea de Paolo Soleri (1970), todos responden de alguna manera a la llamada de lo atávico.

Fueron Las Grutas un mero acto reflejo fruto del zeitgeist que las envolvía? Es posible, pero examinemos la naturaleza de la ilusión de Flores.

Si se parte de sus testimonios, las imágenes de lo cavernícola se precipitan por sí solas. En la pista retro iluminada, un hogar; en los hits porteños, la danza tribal; en el patovica, el garrote; y en las porteñas divinas, el sexo. La boîte como programa sugiere un escenario idóneo para el despertar de la excitante brutalidad de los instintos prehistóricos.

La experiencia somete al usuario a una doble operación de extrañamiento: el abrigo de la cueva entendido como el gesto más primario y radical, y el desenfreno salvaje de la vida nocturna. Si el exterior ofrecía confort lúdico e indolente, el interior inaugura otro espectro de placeres mundanos asociados a la nocturnidad. Así, boîte y piscina funcionan como un par dicotómico que -sincronizados día-noche -confluyen en una perfecta máquina orgánica, encendida 24 horas al día.

La primera de sus jornadas es un gran éxito. La concurrencia queda anonadada, incluido el embajador de Francia, quien recomendó al propio Flores para una estancia de trabajo en el acondicionamiento turístico del corredor Languedoc-Roussillon a cargo de George Candilis.

A pesar de la estelar inauguración y del desfile permanente de personalidades del jet set rioplatense e internacional, cinco temporadas después el emprendimiento reportó ganancias ínfimas. La enorme inversión inicial, la breve temporada estival uruguaya e

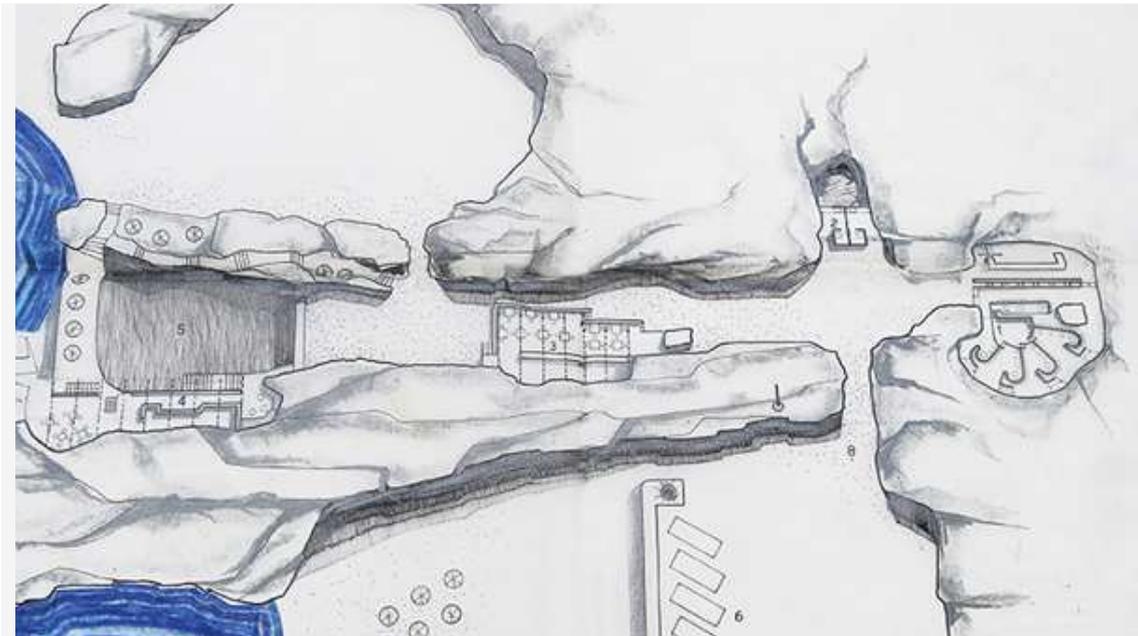
incluso el falso rumor del denominado «verano caliente» -un plan guerrillero para sabotear la industria turística de 1971-pudieron haber sentenciado su viabilidad económica. Javier Mancera, el segundo en la sociedad inversora, «se ausentó sorpresivamente del país dejando abandonado cuanto empresa había empezado». Por su parte, Roque García, al serle denegada su petición para extender la concesión por otras cinco temporadas, entabló contra el intendente interventor, el coronel Jose Siqueira, una larga e infructuosa querrela por la posesión de los bienes muebles y equipos.

Relegado el sitio al olvido por el gobierno militar, fue tornado [por] intrusos, por habitantes de paso y gentes de mal vivir que lo trasformaron en un verdadero basural; el escenario arquitectónico de la piscina esraba destruído y todos sus muros y paredes cubiertos de leyendas del mas bajo tono."

Al estado ruinoso se le añadió un limbo legal que evitó todo intento de recuperación. Para el año 1996, dos argentinos accidentados en los planos inundados de la gruta y un cambio en la sensibilidad de los técnicos de la intendencia --que ahora veían en el sitio un «monumento natural », decretaron la recuperación del estado vírgen del lugar, retirando para ello toda obra de mampostería ligera, picando caminerías de hormigón, dinarnitando el dique y cerrando la gruta con un portón metálico.

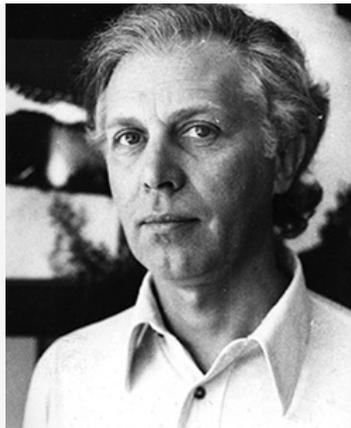
<http://arquitectofloresflores.blogspot.com/2014/12/grutas-y-psicodelia-libro-la-aldea.html>

Los años locos de las Grutas



Proyecto de la piscina y de la boite

Corrían los años 60 y el mundo vivía una ebullición hasta entonces pocas veces vista. Todo estaba cambiando y todo debía ser cambiado. En Punta del Este, la vanguardia también observaba con detenimiento la ciudad, sus formas, sus playas, sus bosques y las elevaciones rocosas donde golpeaba una y otra vez el mar. Por eso, no parece extraño que el arquitecto vanguardista haya detenido su mirada en las grutas de Punta Ballena e imaginado algo que entonces no existía en ningún lugar del mundo: piscinas en las rocas de la playa, algo que luego tomarían prestado los Club Mediterráneo del Mar Mediterráneo.



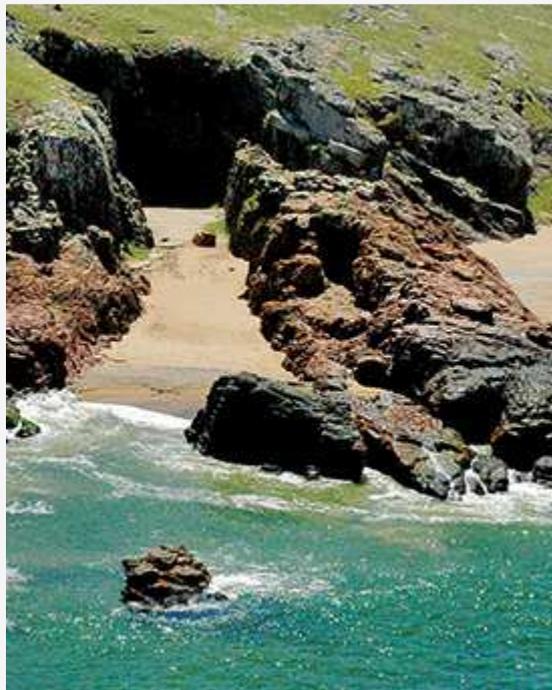
Arquitecto Samuel Flores Flores

En 1968, Flores se decide a comenzar este proyecto. Su diseño partía de la loca idea de perforar la roca viva, excavando 1.600 metros cúbicos. Con Alfredo Rivas, un dinamitero de caminos, hicieron en tres meses una obra que, de algún modo, fue efímera pero que permanece en la memoria de los esteños.

Una obra ambiciosa que debió luchar contra los infortunios: un mes antes de ser inaugurada, una tormenta se llevó todo el camino que había sido construido con sólo un camión y un compresor.



Las Grutas en los sesenta, con las piscinas funcionando



Las Grutas en la actualidad

Así y todo, las piscinas de las grutas se abrieron el 24 de diciembre del 68 con la presencia del presidente uruguayo Pacheco Areco y algunos embajadores. Entre los funcionarios

extranjeros, estaban los franceses que enseguida quisieron replicar la obra en sus costas. Por eso invitaron a Flores a Francia, donde estudió con el discípulo de Le Corbusier, Candilis.



Interior de la boite de las Grutas

Las piscinas en las grutas de Punta Ballena sólo duraron cuatro años y fueron durante esos años un gran éxito turístico. En 1972 fueron demolidas. Después, los intentos fueron sólo fracasos: se instaló una boite, una reserva de animales heridos, discotecas.

Nada funcionó. Finalmente terminó como depósito de chatarra y basura hasta que se ordenó limpiar el área, volviéndola a su estado natural original. Hoy las grutas donde estaba la Boite, están resguardadas por rejas por temor a posibles derrumbes. En la roca queda el testimonio de las piscinas secundarias, esculpidas en la piedra. Hoy la zona está en manos de los herederos de Antonio Lussich. Quizás el futuro les depara grandeza a las sesentistas excavaciones de Flores. Tal vez aquel ambicioso proyecto aún no esté concluido.

© Copyright Mar y Sol Ediciones

<http://www.puntadelesteinternacional.com/los-anos-locos-de-las-grutas/>